

UN FIN DE SEMANA DE AUTOR

Aunque un ilustre pensador apuntaba que aburrirse es un signo de inteligencia, proponemos cuatro ideas, cuatro pasiones, cuatro sugerencias para quienes valoran el tiempo de ocio. Todas ellas son la demostración de que se puede vivir como se quiera pero jamás sin la cultura, que es lo más inútil y a la vez lo más necesario.



RUBÉN AMÓN

MÚSICA

Glyndebourne, ópera, picnic y democracia

Entiendo que puede resultar –erróneamente– elitista y esnob concederle un picnic postinero en la pradera mullida que rodea la mansión de Glyndebourne. No cualquier día ni a cualquier hora, sino en los entreactos de las óperas que se organizan desde 1934 en este festival británico a iniciativa –privada– de la familia Christie.

Allí se yergue una bombonera de ladrillo cuyas 1.200 butacas se abarrotan durante tres meses y cuya idiosincrasia hedonista convierten Glyndebourne en una referencia cultural del verano europeo. Empezando porque la atmósfera del acontecimiento conserva el costumbrismo de una novela de E.M. Forster y evoca entre líneas la competición social de las carreras de Ascot. Con la diferencia de que las ovejas sustituyen a los caballos en las praderas de Glyndebourne y la brisa marina de Brighton abanica el rostro carmesí o retinto de los melómanos a medida que se descorchan con sordina las botellas de champán.

Podría jugarse la final de Wimbledon en cualquiera de las praderas si es que no estuvieran en medio las esculturas de Henry Moore. O podría imaginarse la sonrisa de Monet en el estanque de los nenúfares donde pujan por una sombra y un mantel las parejas de jóvenes enamorados.

Glyndebourne no recibe una sola libra del erario público y no es un festival para ricos, aclaramos. Y no porque escaseen, sino porque puede comprarse una entrada a cambio de 20 euros y porque puede llegarse en ferrocarril



Estampa del festival de Glyndebourne.

desde Londres. La capital británica está a 80 kilómetros al norte, pero es una buena idea recorrerlos en coche para regocijarse en las connotaciones literarias de la travesía. Vivieron cerca de Glyndebourne Virginia Woolf y Rudyard Kipling, aunque la visita de mayor interés concierne a la acrópolis de Rye, un pueblecito medieval empedrado donde residió muchos años Henry James como reflejo de sus misterios.



ANTONIO LUCAS

LITERATURA

Toda familia tiene de inquilino algún 'extraño'

Toda familia necesita su secreto, su eslabón incómodo, su maldición (más o menos domada), su rareza, su disidente y su nostalgia. La familia es un artefacto emocional, una tribu de unos pocos, con sus códigos y leyes, con sus pactos y traiciones. La familia puede ser ese todo que Simone de Beauvoir denunció como «nido de corrupciones». Pero también la geografía de historias incalculables, de aventuras que aguardan hasta que alguien sabe rescatarlas. El poeta Vicente Valero (Ibiza, 1963) ha



El poeta y narrador Vicente Valero. / EFE

hecho esa espeleología por su propia casa y ha encontrado felices aguas subterráneas. Cuatro historias de cuatro tíos remotos contadas excepcionalmente en un libro: *Los extraños*, publicado por Periférica.

«Ninguna biografía, por breve que pueda llegar a ser, carece de laberintos: entrar en ellos conlleva el peligro de no saber salir», escribe en una de las narraciones. Y así uno descubre al tío Alberto (viajero y ajedrecista), al teniente Mari Juan (ingeniero castrense en el África occidental), Carlos Cervera (seminarista que lo deja todo locamente por la farándula) y el comandante Chico (teósofo, republicano exiliado y vegetariano).

Cuatro narraciones independientes con un vínculo inexpugnable: todos son parte de la familia de Valero. Pero el poeta no está enseñando su casa ni limpiando fondos de acuario, sino haciendo gran literatura en un libro que no es de cuentos, ni es novela, ni biografía exactamente, ni memorias. La mercancía de *Los extraños* es la incertidumbre que suda la vida de cuatro hombres que, bien observados, tienen la sustancia del conflicto. El sabor de los deseos malogrados. El tamaño de los sueños. El color del desencanto.



ENRIC GONZÁLEZ

BON APPETIT

Un rincón egipcio en el Ensanche de Barcelona

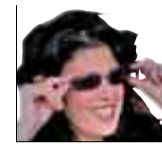
El Ensanche barcelonés ha ido convirtiéndose en un compendio de todas las modernidades: desde las menos modernas, como las joyas arquitectónicas del Modernismo, hasta lo más contemporáneo. Junto a los establecimientos clásicos donde se producen ciertos fetiches estrictamente indígenas (los cruasanes de Mauri, los macarrones de Gaig, los cócteles del Dry Martini o los objetos de diseño de Vinçon, por citar solo algunos ejemplos) y al ya tradicional ambiente gay del barrio han brotado los frutos que caracterizan nuestro tiempo: turismo de masas, tiendas de lujo, refinadísimas pijadas gastronómicas...

Existe, sin embargo, un lugar estrictamente antiguo. En el número 284 de la calle Valencia, junto al Paseo de Gracia, se esconde el Museo Egipcio. Precisemos que el museo en sí no es antiguo. Lo creó en 1994 el empresario hotelero Jordi Clos, un hombre de vida extraordinaria (publicó sus memorias el año pasado, bajo el título *Con la vida en los talones*) cuya afición a la egiptología desembocó en esta institución privada. El museo se trasladó en 2000 al local que ocupa actualmente. Se trata de un museo leve (en él no se aglomeran ni las piezas ni las multitu-



Museo Egipcio de Barcelona. / ANTONIO MORENO

des), sobrio, muy agradable. Y abre, cada viernes por la noche durante el verano, la posibilidad de evitar las tapias y minirraciones características de la zona y de nuestra época. Lo llaman el banquete eterno y por 35 euros que incluyen visita guiada por egiptólogos (mejor confirmar los detalles en www.museuegipci.com), ofrece el tipo de condumio que consumían los faraones: hummus, pato, trigo, dátiles rellenos, vino dulce, frutos secos.



EVA DÍAZ PÉREZ

HISTORIA

Un lúbrico paseo por las alcobas borbónicas

En los aposentos se fraguó –para bien o para mal– la Historia de España, entre coplillas jocosas y monarcas rijosos. Así que aprovechando la fiebre cortesana podríamos pasear por otras estancias de palacio y repasar las por-



Isabel II como Venus.

nográficas páginas pintadas por Sem, pseudónimo de los hermanos Bécquer en *Los Borbones en pelota*, rescatadas en 1991 por la editorial El Museo Universal. Las estampas harán gozar a monárquicos y republicanos: orgías de Isabel II –tatarabuela sicalíptica– con su amante Marfori, sor Patrocinio y el rey Francisco de Asís que es sodomizado por el padre Claret ante la atenta mirada de González Bravo, jefe del gobierno. Algo parecido a lo que intentó *El Jueves* con este Felipe VI por estrenar.

Y otro libro para estos días borbónicos: *Los secretos de alcoba de los Borbones*, de Manuel Barrios (Renacimiento). El trajín de monarcas lúbricos arranca con Felipe V. Asiste el lector a la consumación con María Luisa Gabriela de Saboya: «Estuvieron engolfados en sus secretos de alcoba, seis horas de cubrición, corto parlamento alusivo y deleitoso fornicio». Y después se pasea por las alcobas de Luis I y Luisa Isabel de Orleans, que corría en ropa interior por palacio. O con Carlos III, que cumplía a diario con María Amalia de Sajonia «con el esmero y la pulcritud con que el perfecto funcionario moja la pluma en el tintero». Carlos IV El Gurrumino –el que tiene condescendencia excesiva con la mujer propia– por los amores de María Luisa de Parma con Godoy o Fernando VII con genitales excesivos por lo que debió usar una almohadilla perforada en la noche de bodas con María Josefa de Sajonia para «menguar el efecto». Y así hasta el gran oviducto de la reina castiza y las bizarras épocas alfonsinas. Gran linaje...